

An Occurrence at Owl Creek Bridge

[1890, 1891]

by  
Ambrose Bierce

EPISODIO EN EL PUENTE DE OWL CREEK

de  
Ambrose Bierce

UN SUCESO EN EL PUENTE SOBRE EL RIO OWL

de  
Ambrose Bierce

Un suceso en el puente sobre el río Owl

de  
Ambrose Bierce

5 tr de Aitor Ibarrola

I

1

A man stood upon a railroad bridge in northern Alabama, looking down into the swift\* water twenty feet\* below. The man's hands were behind his back, the wrists bound\* with a cord. A rope\* loosely encircled his neck. It was attached to a stout\* cross-timber\* above his head, and the slack\* fell to the level of his knees. Some loose boards laid upon the sleepers\* supporting the metals of the railway supplied a footing\* for him and his executioners—two private soldiers of the Federal army, directed by a sergeant, who in civil life may have been a deputy\* sheriff. At a short remove upon the same temporary\* platform was an officer in the uniform of his rank\*, 25 armed. He was a captain. A sentinel\* at each end of the bridge stood with his rifle in the position known as "support," that is to say, vertical in front of the left shoulder, the hammer\* resting on the forearm\* 30 thrown straight across the chest—a formal and unnatural position, enforcing an erect carriage\* of the body. It did not appear to be the duty of these two men to know what was occurring 35 at the center of the bridge; they merely\* blockaded\* the two ends of the foot plank\* which traversed it.

Beyond one of the sentinels, nobody 40 was in sight; the railroad ran straight\* away into a forest for a hundred yards\*, then, curving, was lost to view. Doubtless there was an outpost\* farther along. The other bank of the stream was open ground—a gentle acclivity\* crowned with a stockade\* of vertical tree trunks, loopholed\* for rifles, with a single embrasure\*

Un hombre permanecía inmóvil sobre un puente del ferrocarril en el norte de Alabama, mientras observaba la rápida corriente que fluía seis metros más abajo. El hombre tenía las manos a la espalda, y las muñecas atadas con una cuerda. Una soga se ceñía alrededor de su cuello. Ésta colgaba de un grueso madero situado encima de su cabeza, del cual se prolongaba hasta la altura de sus rodillas antes de subir al cuello. Unas tablas sueltas colocadas sobre las traviesas que sujetaban los raíles eran el único punto de apoyo para él y sus verdugos, dos soldados rasos del ejército federal, comandados por un sargento que en la vida civil había sido ayudante de sheriff. Cerca de ellos, sobre esta misma plataforma provisional, había un oficial armado y vestido con el uniforme de su rango. Era un capitán. Un centinela a cada extremo del puente vigilaba firme, con su fusil en la posición conocida como de «apoyen», esto es, vertical por delante del hombro izquierdo, y con el percutor apoyado sobre el antebrazo cruzado sobre el pecho —una posición forzada y antinatural, que obliga a mantener el cuerpo totalmente erguido. Estos dos hombres no parecían tener la obligación de saber lo que estaba ocurriendo en el centro del puente; simplemente se limitaban a cerrar el paso a ambos lados del entablado que lo cruzaba.

Más allá de los centinelas no había nadie a la vista; las vías se adentraban en el bosque unos cien metros en línea recta, y luego desaparecían al trazar la primera curva. Sin duda debía de haber algún otro puesto de vigilancia más lejos de donde la vista alcanzaba. La otra orilla del río era un campo raso, una suave pendiente en cuya cima se había erigido una estacada de troncos verticales, con agujeros para los fusiles, y con una única tronera

Un hombre se erguía en el\* puente del ferrocarril del norte de Alabama, mirando hacia las veloces aguas que corrían a veinte pies por debajo de él. Llevaba las manos a la espalda con las muñecas atadas con una cuerda. Otra cuerda rodeaba fuertemente su cuello. Se hallaba situado bajo un grueso poste- en forma de cruz que se elevaba por encima de su e cabeza y el resto del cual le llegaba a la altura de las rodillas. Algunos tableros sueltos, colocados sobre las traviesas que soportaban los carriles, lo elevaban un pie del suelo, y sus ejecutores..., dos soldados rasos del Ejército federal, estaban mandados por un sargento, que en la vida civil podía haber sido sherif. A corta distancia, sobre la misma plataforma provisional, se hallaba un oficial, con uniforme de su rango, armado. Era capitán. Un centinela, situado a cada extremo del puente, vigilaba con el fusil en posición de alerta, es decir, colocado en posición vertical delante del hombro izquierdo, el percutor apoyado en el antebrazo y descansando sobre el pecho.... una posición solemne y poco natural que fuerza a tener el cuerpo erecto. No parecía obligación de esos dos hombres enterarse de lo que estaba ocurriendo en el centro del puente, sino sólo de bloquear los dos extremos del entarimado que lo atravesaba.

Más allá de los centinelas no se veía a nadie; las vías del ferrocarril continuaban su recorrido en línea recta, en una longitud de cien yardas, por el interior del bosque; luego, tomando una curva, se perdían de vista. Sin duda había un puesto exterior de mando más allá. La, otra ribera del río era campo abierto..., una suave cuesta, en cuyo alto habla una empalizada formada por troncos de árboles en posición vertical, con abertura jpor donde

Había un hombre parado sobre un puente ferroviario de Alabama del Norte, mirando hacia el agua que corría rápidamente unos veinte pies más abajo. Tenía las manos atadas con una cuerda por detrás de la espalda. Otra cuerda rodeaba estrechamente su cuello, estaba sujeta a una fuerte viga transversal por encima de la cabeza y, floja, bajaba hasta la altura de las rodillas. Algunas tablas sueltas, puestas sobre los durmientes, le proporcionaban un punto de apoyo a él y a sus verdugos, dos soldados rasos del ejército federal dirigidos por un sargento que en su vida civil podía haber sido ayudante de *sheriff*. No lejos, sobre la misma plataforma provisoria, esperaba un oficial vestido con el uniforme de su rango, y armado. Era un capitán. En cada extremo del puente había un centinela con su rifle «en posición de firme», es decir, vertical delante del hombro izquierdo, la culata descansando sobre el brazo que cruzaba el pecho, posición formal y poco natural que obliga a mantener el cuerpo rígido. No parecía una obligación de estos dos hombres saber lo que estaba ocurriendo en medio del puente; sencillamente bloqueaban los dos extremos de la pasarela.

Más allá de los centinelas no se veía a nadie; los rieles corrían en línea recta durante unas cien yardas hasta un bosque, después doblaban y desaparecían. Sin duda, había un puesto de avanzada más adelante. La otra orilla del arroyo era campo abierto y una suave colina subía hasta una estacada de troncos verticales, con troneras para rifles y una única abertura a través de la cual

through which protruded\* the muzzle\* of a brass cannon commanding the bridge. Midway of the slope\* between bridge and fort were the spectators—a single company of infantry in line, at “parade rest,” the butts\* of the rifles on the ground, the barrels\* inclining slightly backward against the right shoulder, the hands crossed upon the stock\*. A lieutenant stood at the right of the line, the point of his sword upon the ground, his left hand resting upon his right. Excepting the group of four at the center of the bridge, not a man moved. The company faced the bridge, staring\* stonily\*, motionless. The sentinels, facing the banks\* of the stream, might have been statues to adorn the bridge. The captain stood with folded\* arms, silent, observing the work of his subordinates, but making no sign. Death is a dignitary who when he comes announced is to be received with formal manifestations of respect, even by those most familiar with him. In the code of military etiquette silence and fixity\* are forms of deference\*.

The man who was engaged in being hanged was apparently about thirty-five years of age. He was a civilian, if one might judge from his dress\*, which was that of a planter\*. His features were good—a straight\* nose, firm mouth, broad forehead, from which his long, dark hair was combed straight back\*, falling behind his ears to the collar of his well-fitting\* frock coat\*. He wore a mustache and pointed beard, but no whiskers\*; his eyes were large and dark gray, and had a kindly\* expression which one would hardly\* have expected in one whose neck was in the hemp\*. Evidently this was no vulgar assassin. The **liberal** military code makes provision\* for hanging many kinds of people, and gentlemen are not excluded.

por la cual asomaba la boca de un cañón de bronce que dominaba todo el puente. A media altura de la pendiente entre el puente y este fuerte estaban los espectadores: una sola compañía de infantería se extendía perfectamente alineada, en posición de «descansen», con las culatas de los fusiles en el suelo, los cañones ligeramente inclinados hacia atrás apoyados en el hombro derecho, y las manos cruzadas sobre la caja. Había un teniente a la derecha de esta fila, con la punta de su sable en el suelo, y la mano izquierda descansando sobre la derecha. Con la excepción del grupo de cuatro hombres en el centro del puente, nadie se movía. La compañía miraba el puente fijamente, sin moverse, como si fuesen de piedra. Los centinelas, vigilando ambas orillas del río, podían haber sido perfectamente estatuas que adornaban el puente. El capitán permanecía con los brazos cruzados, en silencio, observando el trabajo de sus subordinados, pero sin hacer seña alguna. La muerte es un dignatario que cuando llega anunciado ha de ser recibido con decorosas manifestaciones de respeto, incluso por aquellos que ya la han visto de cerca. En el código de la etiqueta militar, el silencio y la inmovilidad son modos de deferencia.

El hombre que estaba en trámite de ser colgado aparentaba unos treinta y cinco años. Se trataba de un civil, a juzgar por su atuendo, que era el de un plantador sureño. Sus rasgos físicos eran agradables: una nariz recta, boca firme y frente amplia, desde la cual su largo cabello oscuro estaba peinado hacia atrás, cayendo por detrás de sus orejas hasta el cuello de su bien entallado abrigo. Tenía bigote y una perilla en punta, pero no se había dejado patillas; sus ojos grandes y de color gris oscuro mostraban una expresión bondadosa, que uno no hubiera esperado en una persona con el cuello rodeado por el esparto. Evidentemente no se trataba de un vulgar asesino. El **progresista** código militar ofrece alternativas para ahorcar a todo tipo de personas, y los caballeros no están excluidos.

asomaban los rifles y con tina sola tronera, por la que apuntaba el cañón dominando el puente. A mitad de la cuesta, entre el puente y la empalizada, estaban situados los espectadores..., una compañía de infantería formada, en posición de descanso, con las culatas de los fusiles sobre el suelo, los cañones ligeramente inclinados hacia atrás, apoyados contra el hombro derecho, y las manos cruzadas sobre la caja. Un teniente estaba a la derecha de la formación, la punta de la espada descansando en tierra, su mano izquierda sobre la derecha. Excepto el grupo de los cuatro hombres situados en el centro del puente, nadie se movía. La compañía, de cara al puente, miraba con ojos de piedra, sin movimiento. Los centinelas de cara a las riberas (el río, podían haber sido confundidos con estatuas que adornaban el puente. El capitán permanecía rígido con los brazos cruzados, silencioso, observando el trabajo de sus subordinados, pero sin hacer ningún gesto. La muerte es una dignidad que, cuando viene anunciada, tiene que ser recibida con ceremoniosas manifestaciones de respeto, aun para los más familiarizados con ella. En el código de etiqueta militar, el silencio y la inmovilidad son formas de deferencia.

El hombre que iba a ser ahorcado tenía, al parecer, unos treinta y cinco años de edad. Era civil, si se juzgaba por su indumentaria que era la de un colono. Sus facciones eran perfectas: nariz recta, boca firme, ancha frente, desde la cual su largo y oscuro cabello se combaba hacia atrás, cayéndole, por detrás de las orejas, hasta el cuello de su bien cortada levita. Llevaba bigote y barba en punta, pero no patillas; sus ojos eran grandes y de color gris oscuro, y su expresión era amable, lo que apenas se podía esperar en un individuo que tenía la soga al cuello. Evidentemente, no era un asesino vulgar. El código militar de los **liberales** condenaba a la horca a muchas clases de personas, y los caballeros no estaban excluidos de ella.

se proyectaba la boca de un cañón de bronce que dominaba el puente. A mitad de camino entre el fuerte y el puente se encontraban los espectadores: una compañía de infantería en posición de descanso, con las culatas de los rifles apoyadas en el suelo, los caños levemente inclinados hacia atrás contra el hombro derecho, las manos cruzadas sobre las culatas. Un teniente estaba parado a la derecha de la línea, la punta de su espada en el suelo, y con su mano izquierda en reposo sobre la derecha. Salvo el grupo de los cuatro en el medio del puente, nadie se movía. La Compañía miraba hacia el puente fijamente, inmóvil. Los centinelas enfrentados a la orilla del arroyo, podían haber sido estatuas que adornaran el puente. El capitán, de brazos cruzados, silencioso, observaba el trabajo de sus subordinados sin dar ninguna indicación. La muerte es un dignatario que cuando se anuncia es para ser recibido con formales manifestaciones de respeto, aun por aquellos que están más familiarizados con ella. En el código de la etiqueta militar el silencio y la inmovilidad son formas de deferencia.

El hombre que preparaban para ahorcar tenía aparentemente unos treinta y cinco años. Era un civil, si se puede juzgar por su vestimenta, que pertenecía a un granjero. Sus rasgos eran nobles: nariz recta, boca firme, frente amplia y cabello largo y oscuro peinado hacia atrás, que le caía por detrás de las orejas hasta el cuello de su elegante chaleco. Tenía bigotes y una barba en punta, pero no llevaba patillas; sus ojos eran grandes, de un gris oscuro, y poseían esa expresión afectuosa que uno difícilmente hubiera esperado en alguien pronto a morir. Evidentemente no era un asesino vulgar. El código militar, **tan amplio en su espíritu**, prevé la horca para muchas clases de personas, sin excluir la gente educada.

The preparations being complete, the two private soldiers stepped aside\* and each drew away the plank upon which he had been standing\*. The sergeant turned to the captain, saluted, and placed himself immediately behind that officer, who in turn moved apart one pace\*. These movements left the condemned man and the sergeant standing on the two ends of the same plank, which spanned\* three of the cross-ties\* of the bridge. The end upon which the civilian stood almost, but not quite, reached a fourth. This plank\* had been held in place by the weight of the captain; it was now held by that of the sergeant. At a signal from the former, the latter would step aside, the plank would tilt\*, and the condemned man go down between two ties\*. The arrangement\* commended itself to his judgment as simple and effective. His face had not been covered nor his eyes bandaged\*. He looked a moment at his "unsteadfast\* footing\*," then let his gaze\* wander to the swirling\* water of the stream racing\* madly beneath his feet. A piece of dancing\* driftwood\* caught his attention and his eyes followed it down the current. How slowly it appeared to move! What a sluggish\* stream!

He closed his eyes in order to fix his last thoughts upon his wife and children. The water, touched to gold by the early sun, the brooding\* mists\* under the banks at some distance down the stream, the fort, the soldiers, the piece of drift\*—all had distracted him. And now he became conscious of a new disturbance. Striking\* through the thought of his dear ones was a sound which he could neither ignore\* nor understand, a sharp, distinct\*, metallic percussion like the stroke of a blacksmith\*'s hammer upon the anvil\*; it had the same ringing\* quality. He wondered what it was, and whether immeasurably distant or near by—it seemed both. Its recurrence was regular, but as slow as the tolling\* of a death knell\*. He awaited each stroke with impatience and—he

Habiendo acabado con los preparativos, los dos soldados rasos se hicieron a un lado y retiraron las tablas sobre las que habían permanecido. El sargento se giró hacia el capitán, saludó y se colocó justo detrás del oficial, quien a su vez se desplazó un paso al costado. Estos movimientos dejaron al condenado y al sargento de pie sobre ambos extremos de la misma tabla, que se cruzaba sobre tres de las traviesas del puente. El extremo sobre el que estaba el civil casi llegaba hasta la cuarta, pero no del todo. Esta tabla se había mantenido en su sitio por el peso del capitán, y ahora seguía quieta por el del sargento. A una señal dada por el primero, el segundo daría un paso al costado, la tabla se inclinaría y el condenado caería entre dos de las traviesas. El procedimiento resultaba a su juicio simple y efectivo. La cara del condenado no había sido cubierta ni los ojos vendados. Miró por un instante su «inestable apoyo», y luego dejó que su mirada se desplazase hacia las turbulentas aguas del río que corrían alocadas por debajo de sus pies. Un trozo de madera a la deriva atrajo su atención y sus ojos lo siguieron corriente abajo. ¡Qué lentamente parecía moverse! ¡Qué río tan pausado!

30

Cerró sus ojos para poder concentrar sus últimos pensamientos en su mujer y sus hijos. El agua, que se volvía de oro con los primeros rayos del sol, las melancólicas nieblas cerca de las orillas del río un poco más abajo, el fuerte, los soldados, el trozo a la deriva...; todo esto le había distraído. Y ahora se dio cuenta de una nueva distracción. Golpeando a través de sus pensamientos sobre sus seres queridos surgió un sonido que le fue imposible ignorar o comprender, una percusión clara, cortante y metálica similar a los golpes del martillo de un herrero sobre el yunque, producía el mismo efecto sonoro. Se preguntó de qué se trataba, y si estaba realmente tan lejos o tan cerca; daba la impresión de ambas cosas al mismo tiempo. Su ritmo era regular, pero tan lento como el de las campanas cuando tocan a muerto. Esperaba cada golpe con impaciencia y —sin saber por qué—

Terminados los preparativos, los dos soldados rasos se apartaron a un lado y bajaron de la plataforma que había servido (te soporte. El sargento se volvió hacia el capitán, saludó y se colocó inmediatamente detrás de él, quien, a su vez, dio un paso al lado. Estos movimientos dejaron al condenado y al sargento a ambos extremos de la plataforma, que ocupaba tres de las traviesas del puente. El extremo sobre el que apenas se apoyaba el hombre civil llegaba, aunque no por completo a la cuarta traviesa. Esta plataforma había permanecido en su sitio gracias al peso del capitán, y ahora lo estaba por el del sargento. A una señal del primero el segundo abandonaría la plataforma, la cual se inclinaría, y el condenado quedaría colgado entre dos traviesas. El dispositivo era, a su juicio, tan sencillo como eficaz. La cara del condenado no estaba cubierta, ni sus ojos vendados. Este miró un momento a su inseguro soporte; luego dirigió la errante mirada a las arremolinadas aguas del río que corría furioso bajo sus pies. Un pedazo de madera, danzando en el agua, llamó su atención, y sus ojos lo siguieron corriente abajo. ¡Qué lento parecía moverse! ¡Qué río tan perezoso!

Cerró los ojos para fijar sus últimos pensamientos en su esposa y en sus hijos. Todo le había distraído: el agua, dorada por el naciente sol; el rocío, que humedecía las praderas situadas a alguna distancia río abajo; el fuerte, los soldados, el pedazo de madera,... todo. Y ahora estaba pendiente de una nueva sensación. Atravesando el recuerdo de sus seres queridos, oía un ruido que no podía omitir ni comprender. Era una especie de percusión aguda, distinta, metálica, como el golpe del martillo del herrero sobre el yunque: tenía su misma sonoridad. Deseaba saber lo que era, y si estaba muy lejos o muy cerca..., aunque parecían ambas cosas a la vez. Su repetición era regular, pero tan lenta como el tañido de un toque de difuntos. Esperaba cada golpe con impaciencia y, no sabía por qué, con

Al culminar los preparativos, los dos soldados se hicieron a un lado y cada uno retiró la tabla sobre la que había estado apoyado. El sargento se volvió hacia el capitán, saludó y se colocó inmediatamente detrás suyo y éste a su vez se alejó un paso. Estos movimientos dejaron al condenado y al sargento de pie sobre ambos extremos de la tabla que atravesaba tres durmientes de puente. El extremo donde estaba parado el civil alcanzaba, casi sin tocarlo, un cuarto durmiente. Esta tabla se había mantenido horizontal por el peso del capitán y ahora lo estaba por el peso del sargento. A una señal del capitán el sargento se haría a un lado, la tabla habría de inclinarse y el condenado caería entre dos durmientes. Al condenado este arreglo le pareció sencillo y eficaz. No le habían cubierto la cara ni vendado los ojos. Consideró por un momento su vacilante posición y luego dejó que su mirada vagara hacia las aguas arremolinadas del arroyo, que corrían enloquecidas debajo de sus pies. Un trozo de madera flotante que bailoteaba llamó su atención y sus ojos la siguieron corriente abajo. ¡Con qué lentitud parecía moverse! ¡Qué arroyo perezoso!

Cerró los ojos para fijar los últimos pensamientos en su mujer y en sus hijos. El agua convertida en oro por el sol temprano, las melancólicas brumas de las orillas a alguna distancia corriente abajo, el fuerte, los soldados, el pedazo de madera, todo lo había distraído. Y ahora tuvo conciencia de una nueva distracción. A través del recuerdo de sus seres queridos llegaba un sonido que no podía ni ignorar ni comprender, una percusión seca, nítida como el golpe del martillo de un herrero sobre el yunque: tenía esa misma resonancia. Se preguntó qué era, y si estaba inmensamente distante o cerca. Parecía ambas cosas y se repetía irregularmente, con tanta lentitud como el tañido de una campana fúnebre. Esperó uno y otro golpe con impaciencia y -no

knew not why—apprehension. The intervals of silence grew progressively longer; the delays\* became maddening\*. With their greater infrequency the sounds increased in strength and sharpness. They hurt his ear like the thrust\* of a knife; he feared he would shriek\*. What he heard was the ticking of his watch.

He unclosed his eyes and saw again the water below him. “If I could free my hands,” he thought, “I might throw off the noose\* and spring\* into the stream. By diving I could evade the bullets, and, swimming vigorously, reach the bank\*, take to the woods, and get away home. My home, thank God, is as yet outside their lines; my wife and little ones are still beyond the invader’s farthest advance.”

As these thoughts, which have here to be set\* down in words, were flashed into the doomed man’s brain rather than evolved\* from it, the captain nodded\* to the sergeant. The sergeant stepped aside.

## II

Peyton Farquhar was a well-to-do\* planter\* of an old and highly respected Alabama family. Being a slave owner and like other slave owners a politician, he was naturally an original secessionist\* and ardently devoted to the Southern cause. Circumstances of an imperious\* nature, which it is unnecessary to relate here, had prevented him from taking service with the gallant\* army which had fought the disastrous campaigns ending with the fall of Corinth\*, and he chafed\* under the inglorious\* restraint\*, longing for the release\* of his energies, the larger\* life of the soldier, the opportunity for distinction. That opportunity, he felt, would come, as it comes to all in war time. Meanwhile he did what he could. No service was too humble\* for him to perform in aid of the

con aprensión. Los intervalos de silencio se hicieron progresivamente más largos, y las demoras le empezaron a sacar de juicio. A medida que los sonidos se volvían menos frecuentes, su fuerza y agudeza se incrementaba. Perforaban su oído como si de un cuchillo se tratase; temía que iba a chillar. Lo que estaba oyendo era el tic-tac de su reloj.

Volvió a abrir los ojos y vio de nuevo el agua a sus pies. «Si pudiera desatarme las manos», pensó, «quizás podría quitarme la soga y saltar al río. Al sumergirme evitaría la acción de las balas y, si nadara con fuerza, podría llegar a la orilla, internarme en el bosque y alcanzar mi casa. Mi casa, gracias a Dios, queda todavía fuera de sus líneas; mi mujer y mis pequeños están por ahora más allá de las avanzadillas del invasor».

Mientras estos pensamientos, que deben transcribirse aquí en palabras, irrumpían en la mente del hombre a punto de morir más que surgir de la misma, el capitán hizo una señal con la cabeza al sargento. El sargento dio un paso al costado.

## \*\*\*

30

Peyton Farquhar era un adinerado plantador, descendiente de una antigua y muy respetada familia de Alabama. Al ser dueño de esclavos y, como los demás dueños de esclavos, también un político, fue desde el principio un secesionista y un ardiente luchador por la causa sureña. Circunstancias de una naturaleza imperiosa, que es innecesario contar aquí, le habían impedido unirse al servicio del valiente ejército que había luchado en las desastrosas campañas que precedieron a la caída de Corinth\*, por lo cual estaba muy dolido y le resultaba difícil controlar la furia acumulada. Deseaba la vida más intensa del soldado, la oportunidad de distinguirse por actos heroicos. Esa oportunidad, pensaba, le llegaría con el tiempo, como les llega a todos en tiempos de guerra. Entretanto, él hacía lo que podía. Ningún servicio era demasiado trivial cuando se trataba de ayudar

temor. Los intervalos de silencio se hacían más largos progresivamente; las dilaciones eran de locura. A medida que sus infrecuencias aumentaban, los ruidos crecían en fortaleza y violencia. Dañaban sus oídos como la estocada de un sable; sintió miedo a tener que gritar. Lo que oía era el tictac de su reloj.

Abrió los ojos y vio de nuevo las aguas a sus pies. «Si tuviese libres las manos-pensó-, podría librarme del nudo y saltar al río Buceando, escaparía de las balas y nadaría con vigor hasta alcanzar la orilla. Mi casa, gracias a Dios, está bastante más allá de sus líneas; mi mujer y mis pequeños están aún más allá de las más avanzadas vanguardias de los inversores».

Mientras estos pensamientos, que aquí hemos puesto en palabras, pasaban con la rapidez del rayo por el cerebro del sentenciado a muerte, el capitán hizo una señal con la cabeza al sargento, y éste dio un paso a su derecha.

## II

Peyton Faquhar era un colono acomodado, de una antigua familia muy respetada en Alabama. Por ser propietario de esclavos y, como los demás propietarios de esclavos, político, era, como es natural, secesionista de nacimiento y un ardiente devoto de la causa sudista. Por su natural orgulloso, que es innecesario señalar aquí, había eludido hacer el servicio militar con el valeroso ejército que había luchado en las desastrosas campañas que habían terminado con la rendición de Corinth; porque él, molesto por las afrentosas limitaciones, deseaba la libertad de sus energías; es decir, una vida más amplia que la del soldado y la oportunidad de distinguirse. El creía que esa oportunidad llegaría, como llega todo en tiempo de guerra. Mientras tanto, hacía lo que podía. Ningún servicio era demasiado bajo para él, siempre que redundara

sabía por qué con temor. Los intervalos de silencio se hicieron cada vez mayores. Los silencios se volvían alucinantes. A medida que eran menos frecuentes, los sonidos aumentaban en fuerza y nitidez. Lastimaban su oído como una cuchillada. Tuvo miedo de gritar. Lo que oía era el tictac de su reloj.

Abrió los ojos y vio una vez más el agua debajo suyo. «Si pudiera zafar mis manos», pensó, «podría deshacerme del lazo y lanzarme al agua. Al zambullirme eludiría las balas y nadando con fuerza alcanzaría la orilla, me metería en el bosque y llegaría a casa. Mi casa, gracias a Dios, está todavía fuera de sus avanzadas; mi mujer y mis hijos todavía están más allá de sus líneas invasoras».

Mientras estos pensamientos, que aquí tienen que ser puestos en palabras, más que desarrollarse, relampagueaban en la mente del condenado, el capitán le hizo una seña al sargento. El sargento dio un paso al costado.

## 2

Peyton Farquhar era un granjero acomodado, miembro de una familia vieja y muy respetada en Alabama. Dueño de esclavos y como otros dueños de esclavos, un político, era naturalmente un separatista de cuna, dedicado con ardor a la causa del Sur. Circunstancias imperiosas, que no son del caso relatar aquí, le habían impedido unirse a las filas del valeroso ejército que combatió en las desastrosas campañas hasta terminar con la caída de Corinth; iritado por este impedimento sin gloria anhelaba dar rienda suelta a sus energías y soñaba con la vida libre del soldado, con la oportunidad de destacarse. Sentía que esa oportunidad llegaría como les llega a todos durante la guerra. Entretanto, hacía lo que podía. Ninguna tarea era para él demasiado humilde si con

South, no adventure too perilous for him to undertake if consistent with the character of a civilian who was at heart a soldier, and who in good faith and without too much qualification assented\* to at least a part of the frankly villainous dictum\* that all is fair in love and war.

One evening while Farquhar and his wife were sitting on a rustic bench\* near the entrance to his grounds, a gray-clad\* soldier rode up to the gate and asked for a drink of water. Mrs. Farquhar was only too happy to serve him with her own white hands. While she was gone to fetch\* the water, her husband approached the dusty horseman and inquired eagerly\* for news from the front.

"The Yanks are repairing the railroads," said the man, "and are getting ready for another advance. They have reached the Owl Creek bridge, put it in order, and built a stockade\* on the north bank. The commandant has issued an order, which is posted everywhere, declaring that any civilian caught interfering with the railroad, its bridges, tunnels, or trains will be summarily\* hanged. I saw the order."

"How far is it to the Owl Creek bridge?" Farquhar asked.

"About thirty miles."

"Is there no force on this side of the creek\*?"

"Only a picket post\* half a mile out, on the railroad, and a single sentinel at this end of the bridge."

"Suppose a man—a civilian and student of hanging\*—should elude\* the picket\* post and perhaps get the better of\* the sentinel," said Farquhar, smiling, "what could he accomplish?"

al Sur, ninguna aventura resultaba demasiado peligrosa para él siempre que fuese acorde con el temperamento de un civil que en el fondo de su corazón era un soldado, y que en buena fe y sin precisarlo en demasía se sentía identificado con el principio francamente detestable de que en el amor y la guerra todo está permitido.

Una tarde mientras Farquhar y su mujer se hallaban sentados en el rústico banco que había cerca de la verja de entrada a su hacienda, un soldado de gris se acercó sobre su caballo hasta la verja y les pidió un vaso de agua. La señora Farquhar se sintió halagada por poder ofrecérselo con sus propias manos blancas. Mientras ella se dirigía en busca del agua, su marido se aproximó hasta el polvoriento jinete y le preguntó muy interesado por las noticias que le pudiese dar del frente.

—Los yankees están reparando las vías —dijo el hombre— se están preparando para una nueva ofensiva. Ya han llegado al puente de Owl Creek, han arreglado los desperfectos y han construido una estacada en la orilla norte. El comandante ha despachado un bando, que ha sido colocado por todas partes, por el cual a cualquier civil al que se coja saboteando las vías, los puentes, los túneles o los trenes se le ahorcará sumariamente. Yo mismo he visto ese bando.

—¿A qué distancia está el puente de Owl Creek? —preguntó Farquhar.

—A unos cuarenta y cinco kilómetros.

—¿Y no hay fuerzas enemigas a este lado del río?

—Sólo un retén a media milla del río, en las mismas vías, y un único centinela a este lado del puente.

—Supongamos que un hombre (un civil y un estudioso del arte de los ahorcamientos) es capaz de eludir la vigilancia del retén y consiguiera dar buena cuenta del centinela —dijo Farquhar, sonriendo—, ¿qué podría conseguir en tal caso?

en ayuda de los del Sur, ni ninguna aventura demasiado peligrosa de emprender si estaba de acuerdo con el carácter de un civil que tenía corazón de soldado y que, de buena fe y sin demasiados requisitos consentía, al menos, realizar una parte del aforismo, francamente ruin, de que todo está permitido en el amor y en la guerra.

Una noche en que Faquhar y su esposa estaban sentados en un rústico banco cerca de la entrada de sus posesiones, llegó hasta la verja un soldado vestido de gris y les pidió un trago de agua. Mistress Faquhar se sintió enormemente feliz de poder servírselo con sus propias manos blancas. Mientras ella fue a buscar el agua, su marido se aproximó al polvoriento jinete y le demandó con ansia noticias del frente.

—Los yanquis están reparando la vía del ferrocarril —dijo el hombre— y están preparados para otra ofensiva. Han alcanzado el puente sobre el río Owl, lo han arreglado y han construido una empalizada en la ribera norte. El comandante ha dado una orden, que ha sido fijada en todas partes, de que todo ciudadano sorprendido en el acto de sabotear las vías, los puentes, los túneles o los trenes será ahorcado inmediatamente. Yo he visto la orden.

—¿A qué distancia se halla de aquí el puente sobre el Owl?—preguntó Faquhar.

—A treinta millas aproximadamente.

—¿No hay fuerzas a este lado del río?

—Sólo un piquete en un puesto, a media milla más allá, sobre el ferrocarril, y un centinela a este lado del puente.

—Suponga que un hombre (un civil y aspirante a ahorcado) fue capaz de eludir el puesto y, quizá, de alcanzar al centinela —dijo Faquhar, sonriendo—. ¿Qué podría hacer?

ella ayudaba al Sur, ninguna aventura demasiado peligrosa si estaba conforme con el carácter de un civil que tiene corazón de soldado, y que de buena fe y sin muchos escrúpulos acepta por lo menos parte del dicho francamente miserable de que todo vale en el amor en la guerra.

Un atardecer, mientras Farquhar y su mujer estaba descansando en un rústico asiento a la entrada de su propiedad, un soldado a caballo, uniformado de gris llegó hasta el portón y pidió un vaso de agua. La señora Farquhar se alegró de poder servirlo con sus propias manos delicadas. Mientras iba a buscar el agua, su marido se acercó al polvoriento jinete y le pidió ansiosa mente noticias del frente de batalla.

—Los yanquis están reparando las vías —dijo el hombre—, y se preparan para seguir su avance. Han llegado al puente sobre el río Owl, lo han reparado y han construido una estacada sobre la orilla norte. El comandante emitió un edicto, que se ve por todas partes, declarando que cualquier civil que sea capturado entorpeciendo l vía, sus puentes, túneles o trenes, ha de ser ahorcad sin más. Yo vi el edicto.

—¿A qué distancia está el puente sobre el río Owl?—preguntó Farquhar.

—A unas treinta millas.

—¿No hay fuerzas por este lado del arroyo?

—Sólo un destacamento de avanzada a media milla de distancia, sobre las vías, y un centinela de este lado del puente.

—Supóngase que un hombre —un civil propenso a la horca eludiera la avanzada y pudiera tal vez eliminar al centinela —dijo Farquhar, sonriendo—, ¿qué lograría?

The soldier reflected\*. "I was there a month ago," he replied. "I observed that the flood of last winter had lodged\* a great quantity of driftwood against the wooden pier\* at this end of the bridge. It is now dry and would burn like tow\*."

The lady had now brought the water, which the soldier drank. He thanked her ceremoniously, bowed\* to her husband, and rode away\*. An hour later, after nightfall, he repassed\* the plantation, going northward in the direction from which he had come. He was a Federal scout\*.

## III

As Peyton Farquhar fell straight downward through the bridge he lost consciousness and was as one already dead. From this state he was awakened—ages\* later, it seemed to him—by the pain of a sharp pressure upon his throat, followed by a sense of suffocation. Keen\*, poignant\* agonies seemed to shoot from his neck downward through every fiber of his body and limbs. These pains appeared to flash along well-defined lines a ramification and to beat\* with an inconceivably rapid periodicity. They seemed like streams\* of pulsating fire heating him to an intolerable temperature. As to his head, he was conscious of nothing but a feeling of fullness—of congestion\*. These sensations were unaccompanied by thought. The intellectual part of his nature was already effaced\*; he had power only to feel, and feeling was torment. He was conscious of motion. Encompassed\* in a luminous cloud, of which he was now merely\* the fiery\* heart\*, without material substance, he swung\* through unthinkable arcs of oscillation, like a vast\* pendulum. Then all at once, with terrible suddenness, the light about him shot upward with the

El soldado se quedó pensativo. —Pasé por allí hará cosa de un mes — contestó— y observé que las crecidas del pasado invierno han dejado una gran cantidad de ramas y troncos contra el pilar de madera que hay a este lado del puente. Ahora deben estar ya secos y seguro que arderían como una mecha.

Para entonces la señora ya había traído el agua, que el soldado se bebió. Mostró su agradecimiento de forma ceremoniosa a la dama, inclinó la cabeza levemente a su marido y se alejó en su montura. Una hora después, ya de noche, volvió a cruzar la plantación, esta vez hacia el norte de donde había venido. Se trataba de un explorador del ejército federal.

## \*\*\*

20

A medida que Peyton Farquhar caía directamente hacia abajo a través del puente perdió el conocimiento y se sintió como si estuviera ya muerto. De este estado de inconsciencia se despertó —tras largo tiempo, le pareció a él— por la agonía de una aguda presión alrededor de su cuello, seguida por una sensación de ahogo. Un dolor intenso y punzante parecía salir disparado desde su cuello hacia cada una de las fibras de su tronco y extremidades. Estos dolores se diría que dentelleaban fulgurantes a lo largo de ramificaciones perfectamente identificables de su cuerpo y le mortificaban con una periodicidad increíblemente rápida. Parecían torrentes de fuego palpitante que elevaban su temperatura hasta cotas intolerables. Por lo que respecta a su cabeza, sólo era consciente de que estaba totalmente cargada: de una tremenda congestión. Todas estas sensaciones no vinieron acompañadas por pensamiento alguno. La parte intelectual de su persona había desaparecido para entonces; sólo le era posible sentir, y sentir era una tortura. Era consciente del movimiento. Envuelto en una nube luminosa, de la cual él era simplemente el centro en llamas, sin sustancia alguna, se balanceaba de un lado a otro en arcos inconcebibles, como un enorme péndulo. Y entonces de repente, de forma terriblemente súbita, la luz que le rodeaba se lanzó ha-

El soldado reflexionó. -Yo he estado allí hace un mes—repliqué—. He observado que las lluvias del pasado invierno han apilado una gran cantidad de troncos contra los postes de madera situados a este lado del puente. Ahora están secos y arderían como teas.

La señora llegó con el agua, que el soldado bebió. Agradeció su gentileza, hizo una inclinación de cabeza al marido y partió al galope. Una hora más tarde, después de anochecido, Faquhar dio una vuelta por la plantación, yendo hacia el Norte. Era explorador federal.

## III

Cuando Peyton Faquhar cayó directamente hacia abajo, atravesando el puente, perdió la conciencia y permaneció como muerto. Se recobró de este estado—años más tarde le pareció a causa del dolor producido por una aguda presión en su garganta, seguida de una sensación de ahogo. Incisivas y punzantes agonías parecían tirar de su cuerpo hacia abajo, atravesando todas las fibras de su cuerpo y articulaciones. Estos dolores parecían brillar a lo largo de líneas de ramificación bien definidas y golpear con una frecuencia inconcebiblemente rápida. Parecía como si corrientes de pulsaciones de fuego le calentasen a una temperatura intolerable. En cuanto a su cabeza, e' -j no estaba consciente más que de una sensación de plenitud de congestión. Estas sensaciones no iban acompañadas por pensamiento alguno. La parte intelectual de su naturaleza estaba ya borrada; sólo tenía poder para sentir, y sentir era un tormento. Tuvo conciencia de que podía moverse. Circundado por una luminosa nube, de la que él era ya sólo ígneo corazón, sin sustancia material, se columpiaba como un gran péndulo, de tan lado a otro, en increíbles arcos de oscilación. Luego (te repente, con terrible rapidez, la luz que le ro-

El soldado reflexionó. -Yo estuve allí hace un mes -contestó-. Observé que la inundación del invierno pasado había arrimado una cantidad de maderas contra el pilar de troncos que *sostiene este extremo del* puente. Esa madera ahora está seca y ardería como yesca.

La señora trajo el agua y el soldado la bebió. Después agradeció ceremoniosamente, se inclinó ante su marido y se fue. Una hora más tarde, al anochecer, pasó otra vez por la plantación, hacia la misma dirección desde la cual había venido. Era un explorador del ejército federado.

## 3

Cuando Peyton Farquhar se desplomó a través del puente quedó inconsciente como si ya estuviera muerto. De este estado lo despertó -le parecía que siglos después- el dolor de una fuerte presión sobre su garganta, seguida por una sensación de ahogo. Punzadas agudas y penetrantes parecían disparar desde su cuello hacia abajo a través de cada fibra del tronco y las extremidades. Se diría que estos dolores relampagueaban a lo largo de líneas de ramificación bien definidas y dieran pulsadas con una frecuencia enloquecida. Parecían corrientes de fuego que lo calentaran a una temperatura intolerable. En cuanto a su cabeza, no era consciente más que de una sensación de presión, de congestión. Pero estas sensaciones no eran acompañadas por el pensamiento. La parte intelectual de su ser ya se había borrado; sólo tenía poder para sentir, y sentir era un tormento. Sentía que se movía. Sumergido en una nube luminosa, de la cual no era ahora más que el centro ardiente, sin sustancia material, se columpiaba a través de increíbles arcos de oscilación, como un enorme péndulo. En un instante, terriblemente repentina, la luz que lo rodeaba disparó hacia

noise of a loud splash\*; a frightful\* roaring\* was in his ears, and all was cold and dark. The power of thought was restored; he knew that the rope had broken and he had fallen into the stream. There was no additional strangulation; the noose\* about his neck was already suffocating him and kept the water from his lungs. To die of hanging at the bottom\* of a river!—the idea seemed to him ludicrous\*. He opened his eyes in the darkness and saw above him a gleam of light, but how distant, how inaccessible! He was still sinking\*, for the light became fainter and fainter until it was a mere\* glimmer\*. Then it began to grow and brighten, and he knew that he was rising toward the surface—knew it with reluctance\*, for he was now very comfortable. “To be hanged and drowned,” he thought, “that is not so bad; but I do not wish to be shot\*. No, I will not be shot, that is not fair.”

He was not conscious of an effort, but a sharp pain in his wrist apprised\* him that he was trying to free his hands. He gave the struggle his attention, as an idler\* might observe the feat\* of a juggler\*, without interest in the outcome\*. What splendid effort!—what magnificent, what super-human strength! Ah, that was a fine endeavor\*! Bravo! The cord fell away; his arms parted\* and floated upward, the hands dimly\* seen on each side in the growing\* light. He watched them with a new interest as first one and then the other pounced\* upon the noose at his neck. They tore\* it away and thrust\* it fiercely aside, its undulations resembling those of a water snake. “Put it back, put it back!” He thought he shouted these words to his hands, for the undoing\* of the noose had been succeeded by the direst\* pang\* that he had yet experienced. His neck ached horribly; his brain was on fire; his heart, which had been fluttering\* faintly, gave a great leap\*, trying to force

cia arriba acompañada del estruendo de una zambullida; en sus oídos retumbaba un sonido estremecedor, y todo se volvió frío y oscuro. Recuperó por fin la capacidad de raciocinio; se dio cuenta de que la cuerda se había roto y que había caído al río. No se sintió más estrangulado que antes; el nudo alrededor de su cuello ya le estaba ahogando por completo e impidió que le entrase agua a los pulmones. ¡Morir ahorcado en el fondo de un río!; la idea le pareció casi digna de risa. Abrió los ojos en la oscuridad y vio por encima de su cabeza un rayo de luz, pero ¡qué lejano, inaccesible del todo! Aún seguía hundiéndose, pues la luz se tomaba cada vez más tenue hasta que sólo quedó un pequeño resplandor. Entonces empezó a crecer y brillar de nuevo, y supo que estaba ascendiendo hacia la superficie, aunque se sintió contrariado por este desarrollo de los hechos, ya que ahora se encontraba muy cómodo. «Ser colgado o morir ahogado —pensó—, eso no estaría del todo mal; pero no quiero que me maten a tiros. No; no me matarán; no sería justo.»

No era consciente de estar realizando ningún esfuerzo, pero un fuerte dolor en la muñeca le avisó de que estaba intentando soltarse las manos. Prestó entonces más atención a la lucha, la misma que un transeúnte prestaría a los juegos de un malabarista, sin ningún interés real en el desenlace. ¡Qué esfuerzo tan espléndido!, ¡Qué grandioso, qué fuerza tan sobrehumana! ¡Dios, esto sí que era una hazaña meritoria! ¡Bravo! La cuerda cayó por fin; sus brazos se separaron y flotaron hacia la superficie, sus manos apenas eran visibles a ambos lados de la luz cada vez más intensa. Las miró con un interés renovado mientras, primero una y luego la otra, se lanzaban hacia el nudo que le rodeaba el cuello. Lo soltaron a estirones y lo empujaron violentamente hacia un lado; sus ondulaciones eran semejantes a las de una serpiente acuática. «¡Atadlo, atadlo otra vez!» Creyó gritar estas palabras a sus manos, pues tras soltar el nudo había sentido el latigazo más espantoso que jamás le había sacudido. El cuello le dolía de forma terrible; su cerebro estaba en llamas; su corazón, que antes había vibrado levemente, dio un gran salto, en un intento de abrisse cami-

deaba se disparó hacia arriba con un ruido de fusilazo estruendoso; un espantoso estruendo entró en sus oídos, y todo fue frío y oscuro. El poder de pensar se restableció; se dio cuenta de que la cuerda se había roto y que había caído al río. No hubo estrangulación; el nudo que rodeaba su cuello le estaba ahogando, pero evitaba que entrase el agua en sus pulmones. ¡Morir ahorcado en el fondo de tan río! La idea k- pareció ridícula. Abrió los ojos en la oscuridad y vio por encima de él un rayo de luz, pero ¡cuán distante, cuán inaccesible! Estaba todavía sumergiéndose porque la luz se hacía más débil, más débil, hasta, que fue un mero destello. Luego empezó a agrandarse y a brillar, y se dio cuenta de que se elevaba a la superficie; lo supo con disgusto, porque se encontraba muy cómodo. «Ser ahorcado y ahogado -pensó- no es tan malo; pero ¡tú quiero que me peguen tan tiro. No, no quiero que me maten tan tiro; no sería lógico.»

No liaría ningún esfuerzo consciente, pero un agudo dolor en su muñeca le hizo comprender que estaba tratando de liberar sus manos. Prestó toda su atención a este esfuerzo, de la misma forma que un haragán observaría el juego de manos de tan prestigiatador sin interés por el éxito. ¡Qué espléndido esfuerzo! ... ¡Qué magnífico, qué sobrehumana esfuerzo! ¡Ah, era un laudable empeño! ¡Bravo! La cuerda se desanudó; los brazos se y flotaron las manos se percibían opacas a cada lado de la creciente luz. Las observó con un nuevo interés cuando, primero una y después otra, se agarraron del dogal que apretaba su cuello. Lo arrancaron y lo arrojaron con violencia a tan lado; sus ondulaciones se parecían a las de una serpiente de mar.

« ¡ Vuelve a ponerlo, vuelve a ponerlo ! »

Creó que gritaba estas palabras a sus manos porque al deshacer el mudo el dolor que antes experimentara había sido reemplazado por otro más horrendo. El cuello le dolía terriblemente; su cerebro estaba ardiendo; su corazón, que había estado latiendo débilmente dio un gran salto, tratando de forzar su salida a través de la boca. ¡Todo esta

arriba con el ruido de una fuerte zambullida; hubo un rugido espantoso en sus oídos y todo fue frío y oscuridad. Volvió entonces la capacidad del pensamiento; supo que la cuerda se había roto y que él había caído en el arroyo. No era mayor la sensación de estrangulamiento; el lago que rodeaba su cuello lo estaba sofocando e impedía que el agua entrara en sus pulmones. ¡Morir ahorcado en el fondo de un río! La idea le pareció ridícula. Abrió los ojos en la oscuridad y vio sobre él un rayo de luz. ¡Pero qué lejano, qué inaccesible! Supo que se hundía todavía, porque la luz se atenuaba paulatinamente hasta no ser más que un resplandor. Entonces empezó a crecer y brillar más y advirtió que se acercaba a la superficie; lo supo desganadamente, porque ahora estaba muy cómodo. «Ser ahorcado y ahogado -pensó- no está tan mal; pero no quiero que me baleen. No; no me blearán; no es justo.»

No fue consciente del esfuerzo, pero un agudo dolor en la muñeca le indicó que estaba tratando de liberar las manos. Concentró su atención en esta lucha, como un observador perezoso podría observar la proeza de un malabarista sin interesarse por el resultado. ¡Qué esfuerzo espléndido! ¡Qué fuerza magnífica y sobrehumana! ¡Ah, qué hermosa empresa! ¡Bravo! La cuerda cayó; sus brazos se separaron y flotaron hacia arriba, las manos apenas visibles a cada lado, en la luz creciente. Las observó con renovado interés mientras, primero una y luego la otra, tironeaban del lazo que rodeaba su cuello. Lo aflojaron y arrancaron furiosamente, y éste se alejó como una anguila. «¡Atenlo otra vez!», creyó gritarle estas palabras a sus manos porque al aflojarse el nudo había sentido el dolor más espantoso de su vida. El cuello le dolía terriblemente; su cerebro estaba incendiado; su corazón, que había estado latiendo débilmente, dio un gran

itself out at his mouth. His whole body was racked\* and wrenched\* with an insupportable anguish! But his disobedient hands gave no heed\* to the command. They beat\* the water vigorously with quick, downward strokes\*, forcing him to the surface. He felt his head emerge; his eyes were blinded by the sunlight; his chest expanded convulsively, and with a supreme and crowning\* agony his lungs engulfed\* a great draught\* of air, which instantly he expelled in a shriek\*!

He was now in full possession of his physical senses. They were, indeed, preternaturally\* keen\* and alert. Something in the awful disturbance of his organic system had so exalted and refined\* them that they made record of things never before perceived. He felt the ripples\* upon his face and heard their separate sounds as they struck. He looked at the forest on the bank of the stream, saw the individual trees, the leaves and the veining\* of each leaf—saw the very insects upon them: the locusts\*, the brilliant-bodied flies, the gray spiders stretching\* their webs from twig\* to twig. He noted the prismatic\* colors in all the dewdrops upon a million blades of grass. The humming\* of the gnats\* that danced above the eddies\* of the stream, the beating of the dragonflies\*' wings, the strokes of the water spiders' legs, like oars\* which had lifted\* their boat—all these made audible music. A fish slid\* along beneath his eyes and he heard the rush\* of its body parting\* the water.

He had come to the surface facing down the stream; in a moment the visible world seemed to wheel\* slowly round, himself the pivotal point, and he saw the bridge, the fort, the soldiers upon the bridge, the captain, the sergeant, the two privates\*, his executioners\*. They were in silhouette against the blue sky. They

no hasta su boca. ¡Todo su cuerpo se vio retorcido y atormentado por una angustia inaguantable! Pero sus manos desobedientes parecían no prestar atención alguna a sus órdenes. Sacudían el agua vigorosamente con golpes rápidos hacia abajo, que le impulsaban hacia la superficie. Sintió cómo su cabeza salía del agua; la luz del sol le cegó los ojos; su pecho se hinchó de manera convulsa y, con una suprema agonía que sería imposible superar, sus pulmones absorbieron una gran bocanada de aire, que casi de inmediato volvieron a exhalar con un grito agudo.

Ahora ya era capaz de controlar todos sus sentidos. De hecho, éstos se habían puesto de repente en alerta y estaban especialmente atentos. Algo en el horrible «shock» de su sistema orgánico los había agudizado y refinado de tal forma que eran capaces de captar cosas que antes jamás habían percibido. Sentía las leves ondas del agua en la cara y oía su sonido cada vez que rebotaban contra ella. Miró el bosque que se extendía sobre la orilla del río, y observó los árboles uno por uno, sus hojas y las venillas que las cubrían; vio incluso los insectos que había sobre ellas: las langostas, las moscas de cuerpo brillante, las grises arañas que tejían sus telas entre las ramas más delgadas. Observó los colores del arco iris en todas las gotas de rocío que había sobre las innumerables hojas de hierba. El zumbido de los mosquitos que danzaban sobre los remolinos del río, el batir de las alas de las libélulas, los golpes de las patas de los zapateros sobre el agua, como remos que hubiesen alzado su embarcación..., todos estos sonidos formaban una música perceptible. Un pez se deslizó por debajo de la altura de sus ojos y oyó el paso raudo de su cuerpo que dividía las aguas.

Había salido a la superficie con la vista puesta río abajo; en un instante el mundo visible a su alrededor pareció empezar a girar lentamente, pivotando sobre sí mismo, y vio el puente, el fuerte, a los soldados sobre el puente, al capitán, al sargento y a los dos soldados rasos, sus verdugos. Sus siluetas se dibujaban contra el cielo azul. Gritaban y

cuerpo lo tenía torturado y dislocado por un insoportable dolor! Sin embargo, sus desobediente, manos no prestaban atención al mando Golpeaban el agua con fuerza. con rapidez, hacia abajo, forzándole a salir a la superficie. Se dio cuenta de que su cabeza emergía ; se cegaron sus ojos por la luz del sol ; su pecho se dilató convulsivamente y, en tina suprema y total angustia, sus pulmones aspiraron tina gran bocanada de aire, que al instante expelió en un

Se encontraba ahora en completa ¡Posesión ole sus sentidos físicos. Estaban, en realidad, extraordinariamente agudizados y alertas. Algo, en la tremenda alteración de su sistema orgánico, se hallaba tan elevado y perfeccionado que hacía que se diera cuenta (te las cosas que nunca antes percibiera. Sentía las olas contra su rostro y oía sus separados ruidos citando le golpeaban. Miró al bosque que se extendía en la ribera del río; vio los árboles por separado, las hojas y las fibras (te cada hoja... ; vio a los insectos que estaban sobre ellas : los saltamontes las moscas de brillantes cuerpos, las grises arañas tejiendo sus telas de ramita en ramita Observó colores prismáticos en todas las gotas de rocío que se posaban sobre los millones ole hierbas; el zumbido dle los mosquitos, que danzaban por encima de los remolinos del río; el batir de las alas de las libélulas el golpear de las patas ole las arafias de apiá, (.01110) remos que hubiesen abandonado sus bareas; todo esto hecho música audible. Un pez se deslizó bajo sus ojos y oyó el ruido de su cuerpo partiendo el agita.

Había surgido a la superficie boca abajo; pero, en un momento, el mundo visible pareció girar lentamente, a su alrededor, él mismo situado en el eje, y vio el puente, el fuerte, los centinelas sobre el puente, el capitán, el sargento, los dos soldados rasos, sus verdugos. Se perfilaban contra el cie-

salto, tratando de salirse por la boca. ¡Todo su cuerpo se estremecía y retorció con una insoportable angustia! Pero sus manos desobedientes no acataron el orden. Golpearon el agua vigorosamente con rápidos manotazos que lo impulsaban hacía la superficie. Sintió que su cabeza emergía; sus ojos fueron encguecidos por la luz del sol; su pecho se expandió convulsivamente, y con un esfuerzo supremo sus pulmones se llenaron del aire que instantáneamente lanzaron con un alarido.

Ahora estaba en plena posesión de sus sentidos. En realidad, éstos se encontraban sobrenaturalmente agudizados y alertas. Algo en la espantosa perturbación de su organismo los había exaltado y refinado de tal manera que registraban cosas nunca antes percibidas. Sentía las ondas del agua sobre su cara y las oía por separado cuando lo golpeaban. Miró al bosque sobre la orilla del arroyo, vio los árboles de a uno, las hojas y las venas de cada hoja. Vio hasta los insectos sobre ellas: las langostas, las moscas de cuerpo brillante, las arañas grises estirando sus telas de ramita en ramita. Notó los colores prismáticos en todas las gotas del rocío sobre un millón de briznas de pasto. El zumbido de los mosquitos que bailaban sobre los remolinos del arroyo, el golpeteo de las alas de las libélulas, los chasquidos de las patas de las arañas acuáticas como remos que hubieran levantado su bote. Todo hacía una música perceptible. Un pez se deslizó ante sus ojos y oyó el sonido de su cuerpo partiendo el agua,

Había salido a la superficie boca abajo; en un instante el mundo visible pareció girar lentamente teniéndolo a él por eje, y vio el puente, el fuerte, los soldados sobre el puente, el capitán, el sargento, los dos soldados, sus verdugos. Eran siluetas contra el cielo azul. Gritaban y gesticulaban señalándolo. El capi-



shouted and gesticulated, pointing at him. The captain had drawn\* his pistol, but did not fire; the others were unarmed. Their movements were grotesque and horrible, their forms gigantic.

Suddenly he heard a sharp report\* and something struck the water smartly within a few inches of his head, spattering\* his face with spray. He heard the second report, and saw one of the sentinels with his rifle at his shoulder, a light cloud of blue smoke rising from the muzzle\*. The man in the water saw the eye of the man on the bridge gazing\* into his own through the sights\* of the rifle. He observed that it was a gray eye and remembered having read that gray eyes were keenest\*, and that all famous marksmen\* had them. Nevertheless, this one had missed\*.

A counterswirl\* had caught Farquhar and turned him half round; he was again looking into the forest on the bank opposite the fort. The sound of a clear, high voice in a monotonous singsong now rang out\* behind him and came across the water with distinctness\* that pierced and subdued\* all other sounds, even the beating of the ripples\* in his ears. Although no soldier, he had frequented camps enough to know the dread\* significance of that deliberate, **drawling\***, aspirated\* chant; the lieutenant on shore was taking part\* in the morning's work. How coldly and pitilessly\*—with what an even, calm intonation, presaging and enforcing\* tranquillity in the men— with what accurately measured intervals fell\* those cruel words:

“Attention, company! . . . Shoulder arms! . . . Ready! . . . Aim! . . . Fire!”

Farquhar dived—dived\* as deeply

gesticulaban, mientras le señalaban con el dedo. El capitán había sacado su revólver, pero no disparó; los demás no llevaban armas. Sus movimientos eran grotescos y horribles, sus formas gigantescas.

De repente oyó una detonación aguda y algo golpeó con fuerza la superficie del agua a pocos centímetros de su cabeza, salpicando su cara con diminutas gotas. Escuchó una segunda detonación, y vio a uno de los centinelas con el rifle apoyado en el hombro, y una nubecilla de humo azul elevándose desde la boca del cañón. El hombre que estaba en el agua vio el ojo del que estaba sobre el puente mirando su propio ojo a través de la mira del rifle. Observó que se trataba de un ojo gris y recordó haber leído en alguna parte que los ojos grises son los más certeros, y que todos los francotiradores famosos tenían ojos de este color. Sin embargo, éste había fallado.

Un remolino en sentido contrario al de la corriente había cogido a Farquhar y le dio media vuelta; se encontraba de nuevo mirando frente hacia el bosque de la orilla opuesta al fuerte. El sonido de una voz alta y clara, con un ritmo monótono, sonaba ahora desde detrás de él y le llegaba por encima del agua con una claridad tan meridiana que agujereaba y apagaba todos los demás ruidos, incluso el del golpear de las ondas del agua en sus oídos. Aunque no era soldado, Farquhar había frecuentado el suficiente número de campamentos como para conocer el lúgubre significado de este canto intencionado, **sonoro** y aspirado: desde la orilla, el teniente había empezado a participar en el trabajo de esa mañana. ¡De qué forma tan fría y despiadada —con qué tono tan regular y calmado, que a la vez presagiaba y ordenaba tranquilidad a sus hombres, con qué intervalos tan perfectamente medidos salieron esas palabras crueles de su boca!

45

«¡Atención, compañía!... ¡Armas al hombro!... ¡Preparen!... ¡Apunten!... ¡Fuego!»

Farquhar se sumergió, se hundió tan profun-

lo azul. El capitán tenía en la mano su pistola, pero no disparaba; los otros estaban desarmados. Sus movimientos eran grotescos y horribles; sus formas, gigantescas.

De repente oyó un agudo estallido y algo golpeó el agua con fuerza, a pocas pulgadas de su cabeza, salpicándole el rostro con espuma. Oyó un segundo estallido, y vio a uno de los centinelas con el fusil preparado y una ligera nubecilla de humo azulado elevarse de la boca del cañón. El hombre que estaba en el agua vio el ojo del hombre del puente mirando fijamente al suyo por el punto de mira del fusil. Observó que era un ojo gris, y recordó haber leído que los ojos grises eran más astutos, y que todos los tiradores famosos los tenían así. Sin embargo, éste había errado el tiro.

Un remolino de agua había alcanzado a Farquhar y le había dado media vuelta; estaba de nuevo cara al bosque situado en la margen opuesta al fuerte. El sonido de una voz, alta y clara, le llegó con un monótono zumbido, por la parte de atrás a través del agua, con tanta claridad que amortiguaba y ahogaba todos los demás sonidos, aun el golpeteo de las olas en sus oídos. Aunque no había sido soldado, había frecuentado bastantes campamentos para conocer la terrible significación de ese deliberado, **arrastrado** y aspirado canto: el teniente de la ribera estaba tomando parte en el trabajo de la mañana. Con cuánta frialdad, con cuánta impiedad... con qué tranquila e invariable entonación, para anunciar y hacer cumplir la orden a sus hombres... con qué intervalos exactamente medidos caían aquellas crueles palabras:

«¡Atención, compañía! ... ¡Preparen armas! ... ¡Listos! ... ! Apunten! ... — ¡¡ Fuego! ! »

Farquhar. buceó. ., buceó tan hondo

tán había desenfundado su pistola, pero no disparó; los otros estaban desarmados. Sus movimientos eran grotescos y horribles, sus formas gigantescas.

De pronto oyó un ruido seco y algo golpeó el agua a pocas pulgadas de su cabeza, salpicándole la cara. Oyó una segunda explosión y vio a uno de los centinelas con su rifle a la altura del hombro, y una nubecilla de humo azul que ascendía desde el caño. El hombre vio desde el agua el ojo del hombre que estaba sobre el puente observando a los suyos a través de la mira del rifle. Notó que era un ojo gris y recordó haber leído que los ojos grises eran los más penetrantes, y que todos los famosos tiradores los tenían. Sin embargo, éste había errado.

Un remolino lo había hecho volverse; otra vez estaba mirando hacia el bosque en la orilla opuesta al fuerte. Desde su espalda llegó el sonido de una voz clara y alta con un monótono cántico de tal nitidez que atravesaba y relegaba todos los otros sonidos, hasta el de las ondas en sus oídos. Y aunque no era soldado, había frecuentado los campamentos tanto como para conocer el terrible significado de ese cántico deliberado, **arrastrado**, aspirado; el teniente que estaba en la orilla se integraba al trabajo matinal. Qué fría y despiadadamente, y con qué entonación pareja y calma, que presagiaba e imbuía de tranquilidad a sus hombres, con qué intervalos exactamente medidos, caían esas crueles palabras:

-¡Atención, compañía!... ¡Levanten armas! ... ¡Lis tos! ... ¡Apunten! ... ¡Fuego!

Farquhar se zambulló tan profun-

as he could. The water roared in his ears like the voice of Niagara, yet he heard the dulled\* thunder of the volley\* and, rising again toward the surface, met shining bits of metal, singularly flattened\*, oscillating slowly downward. Some of them touched him on the face and hands, then fell away, continuing their descent. One lodged\* between his collar and his neck; it was uncomfortably warm and he snatched\* it out.

As he rose to the surface, gasping\* for breath, he saw that he had been a long time under water; he was perceptibly farther downstream—nearer to safety. The soldiers had almost finished reloading\*; the metal ramrods\* flashed all at once in the sunshine as they were drawn\* from the barrels\*, turned in the air, and thrust\* into their sockets\*. The two sentinels fired again, independently and ineffectually.

The hunted\* man saw all this over his shoulder; he was now swimming vigorously with the current. His brain was as energetic as his arms and legs; he thought with the rapidity of lightning\*.

“The officer,” he reasoned, “will not make that martinet\*’s error a second time. It is as easy to dodge a volley\* as a single shot. He has probably already given the command to fire at will\*. God help me, I cannot dodge\* them all!”

An appalling splash\* within two yards of him was followed by a loud, rushing\* sound, *diminuendo\**, which seemed to travel back through the air to the fort and died in an explosion which stirred\* the very river to its deeps\*! A rising sheet\* of water, which curved over him, fell down upon him, blinded him, strangled him! The cannon had taken a hand in the game. As he shook his head free from the commotion of

damente como pudo. El agua rugía en sus oídos como el sonido de las cataratas del Niágara, y sin embargo, oyó el amortiguado estruendo de la descarga y, ascendiendo de nuevo hacia la superficie, se cruzó con brillantes trozos de metal, extrañamente aplastados, que oscilaban lentamente en su caída hacia el fondo. Algunos le tocaban la cara y las manos, luego se separaban, y continuaban su descenso. Uno se alojó entre el cuello de su camisa y su cuerpo; estaba desagradablemente caliente y se lo sacó rápidamente de allí.

Según ascendía hacia la superficie en busca delpreciado aire, se dio cuenta de que había permanecido largo tiempo bajo el agua; observó que estaba a una distancia notable río abajo, más cerca de su salvación. Los soldados ya casi habían terminado de cargar sus armas; las varillas metálicas resplandecieron todas a la vez bajo los rayos del sol al salir de los cañones, girar en el aire y ser empujadas dentro de sus guías. Los dos centinelas dispararon de nuevo, descompasadamente y sin efectividad alguna.

El hombre acosado vio todo esto por encima de su hombro; ahora nadaba vigorosamente a favor de la corriente. Su cerebro estaba tan lleno de energía como lo estaban sus brazos y sus piernas: pensaba con la rapidez del rayo.

«El oficial —razonó Farquhar— no cometerá ese error por su exceso de disciplina una segunda vez. Es tan fácil esquivar una descarga como lo es esquivar un solo disparo. Probablemente ya haya dado la orden de disparar a discreción. ¡Qué Dios me ayude, no podré esquivarlos todos!»

A un espeluznante choque contra el agua a no más de dos metros de donde se encontraba, le siguió un sonido alto y fugaz, *diminuendo*, que pareció retornar por el aire hasta el fuerte y terminó con una explosión que removió el río hasta sus más profundas entrañas. ¡Una pared de agua ascendente se cernió sobre él, le cayó encima, le cegó y le cortó la respiración! El cañón había empezado a tomar parte en el juego. Mientras agitaba la cabeza en un inten-

como pudo. El agita aullaba en sus oídos como la voz del -Niágara; sin embargo, oyó el cruel tronar de la descarga y, elevándose de nuevo a la superficie, tropezó con brillantes pedacitos de metal, singularmente aplastados, que oscilaban lentos hacia el fondo. Algunos de ellos le tocaron en la cara y en las manos, continuando después su descenso; uno se alojó entre el cuello y la carne; estaba desagradablemente ea. liente y se apresuró a desprenderse de él.

Mientras salía a la superficie, ansioso de respirar, se dio cuenta de que había permanecido un gran rato bajo el agua; se encontraba más alejado. del puente..., más cerca de la libertad. Los soldados casi habían terminado de cargar nuevamente sus fusiles; las baquetas de metal brillaron, todas a la vez, a los rayos del sol, al ser sacadas de los cañones, vueltas en el aire y reincorporadas a sus respectivas vainas. Los dos centinelas volvieron a disparar, independientes y sin eficacia.

El hombre acorralado veía todo esto por encima de su hombro, pues ahora estaba nadando con todo vigor a favor de la corriente. Su cerebro poseía tanta energía Como sus brazos y piernas; pensaba con la misma rapidez de la luz

«El oficial-razonaba-no consentirá que se yerre por segunda vez. No es- tan fácil, \_ esquivar una descarga como un tiro. con, toda . seguridad que ha dado ya orden de disparar. Dios me amparo. ¡Yo no puedo esquivarlas todas!»

Un espantoso chapoteo, a dos yardas de él, fue seguido de un ruido tremendo y precipitado, entrañas disminuendo, que pareció regresar por el aire hacia el fuerte y morir en una explosión que removió hasta las entrañas del río. Una lámina de agua se levantó y se curvó sobre él, cayéndole encima, cegándole y hundiéndole. El cañón estaba tomando parte en el juego. Mientras movía la cabeza de un lado a otro, libre de la conmo-

damente como pudo El agua rugió en sus oídos como la voz del Niágara, y aún así oyó el trueno amortiguado de la descarga. Al regresar a la superficie, se encontró con brillantes pedazos de metal, extrañamente achatados, que descendían oscilando lentamente. Algunos le tocaron la cara y las manos y siguieron su caída. Uno de ellos se alojó entre su cuello y su camisa; estaba desagradablemente caliente y lo arrancó de allí.

A medida que subía hacia la superficie, jadeando, vio que había estado mucho tiempo bajo el agua; la corriente lo había llevado perceptiblemente más lejos, más cerca de su salvación. Los soldados casi habían terminado de recargar; las baquetas de metal brillaron simultáneamente al ser retiradas de los caños giraron en el aire y entraron en sus vainas. Los dos centinelas dispararon de nuevo, independientemente, sin provecho.

El hombre perseguido veía todo esto por encima de su hombro; ahora estaba nadando vigorosamente a favor de la corriente. Su cerebro tenía energía como sus brazos y sus piernas; pensaba con la rapidez del rayo.

«El oficial», razonó, «no pecará otra vez por exceso de disciplina. Es tan fácil esquivar una descarga cerrada como un tiro solo. Probablemente ya ha dado la orden de disparo graneado. ¡Que Dios me ampare, no puedo esquivarlos a todos!»

Un chasquido impresionante a dos yardas de distancia fue seguido por un fuerte silbido, que desapareció *diminuendo y pareció* desplazarse hacia atrás, por el aire, hacia el fuerte; murió con una explosión que sacudió al río hasta lo más profundo. ¡Una cortina de agua que se levantaba se dobló sobre él, cayó encima suyo, lo estranguló! El cañón había entrado en el juego. Mientras sacudía

the smitten\* water, he heard the deflected\* shot humming through the air ahead, and in an instant it was cracking\* and smashing\* the branches in the forest beyond.

“They will not do that again,” he thought; “the next time they will use a charge of grape.\* I must keep my eye upon the gun; the smoke will apprise\* me—the report\* arrives too late; it lags\* behind the missile. That is a good gun.”

Suddenly he felt himself whirled round\* and round—spinning\* like a top\*. The water, the banks, the forests, the now distant bridge, fort, and men—all were commingled\* and blurred\*. Objects were represented by their colors only; circular horizontal streaks\* of color—that was all he saw. He had been caught in a vortex\* and was being whirled on with a velocity of advance and gyration which made him giddy\* and sick. In a few moments he was flung\* upon the gravel\* at the foot of the left bank of the stream—the southern bank—and behind a projecting point\* which concealed him from his enemies. The sudden arrest\* of his motion, the abrasion\* of one of his hands on the gravel, restored him, and he wept with delight. He dug\* his fingers into the sand, threw it over himself in handfuls, and audibly blessed it. It looked like gold, like diamonds, rubies, emeralds; he could think of nothing beautiful which it did not resemble. The trees upon the bank were giant garden plants; he noted a definite order in their arrangement\*, inhaled the fragrance of their blooms. A strange, roseate\* light shone through the spaces among their trunks\* and the wind made in their branches the music of aeolian harps\*. He had no wish to perfect his escape—was content to remain in that enchanting spot until retaken.

to de recuperarse del golpetazo del agua despedida, oyó cómo el silbido del proyectil desviado cruzaba el aire, y poco después partía y hacía añicos a su paso las ramas del bosque de la otra orilla.

«No volverán a hacer eso otra vez —pensó— para el próximo disparo utilizarán una carga de postas. Debo vigilar de cerca ese cañón: el humo me avisará (el sonido de la detonación llega demasiado tarde; se queda detrás del proyectil). Se trata de un buen cañón.»

De improviso sintió cómo comenzaba a dar vueltas y más vueltas, girando como una tapadera. El agua, las orillas, los bosques, el puente ya en la distancia, el fuerte, los hombres...: todo se entremezclaba y se volvía borroso. Los objetos sólo eran discernibles por sus colores: franjas de colores horizontales en forma de círculos, eso era todo lo que veía. Había quedado atrapado en un vórtice y los remolinos le seguían haciéndole avanzar a una gran velocidad y le revolvían el estómago. En un abrir y cerrar de ojos fue despedido con fuerza sobre la grava amontonada al borde de la orilla izquierda del río —la orilla del sur— y detrás de un saliente que le ocultaba de sus enemigos. El repentino cese de su movimiento, el roce de una de sus manos sobre la grava, le hicieron volver en sí, y se puso a llorar de alegría. Hundió los dedos en la arena, y la lanzó a puñados sobre sí mismo mientras se le oía perfectamente bendecirla. Parecían diamantes, rubíes, esmeraldas; no podía pensar en nada hermoso a lo que esta arena no se pareciese. Los árboles de la orilla eran como plantas de jardín gigantescas; percibió un orden definido en su colocación, e inhaló la fragancia de sus flores. Una extraña luz rosada brillaba en los huecos que quedaban entre los troncos y el viento producía en sus ramas la música de arpas eólicas\*. No tenía ninguna gana de seguir huyendo; se sentiría satisfecho con permanecer en aquel lugar encantado hasta que le cogiesen.

ción producida por el golpe de agua, oyó al proyectil que se alejaba zumbando por el aire y que en un instante desgarraba y rompía las ramas de los árboles del bosque situado al otro lado del río.

De repente, sintió que daba vueltas y más vueltas... bailando como una peonza. El agua, las riberas, el bosque, los ahora alejados puente, fuerte y hombres..., todos se hallaban mezclados y borrosos. Los objetos estaban representados sólo por sus colores; rayas de color horizontales y circulares...; eso era todo lo que se veía. Había sido apresado por un remolino y era volteado a una velocidad de avance y giro que le desazonaba y mareaba. ¡, ¡a pocos minutos se tumbado sobre la grava, en la parte baja de la ribera izquierda del río..., la ribera del Sur . . . y tras tan >tanto de proyección que le ocultaba de su, enemigos El rápido cese de sus movimientos la raspadura de una de sus manos sobre la grava, te volvió en sí, N, suspiró con deleite. Hundió los dedos en la arena, se echó sobre sí tan montón y en voz alta la bendijo. Parecían semejantes a (¡)amantes, rubíes Y esmeraldas no podía pensar en nada más bello que se le igualase. Los árboles, que se elevaban en la ribera, eran plantas de gigantescos jardines; notó tan orden indefinido en esta distribución un fragante olor inhalado de estas flores. Una extraña y rosada luz brillaba en los espacios libres entre sus troncos, y el viento producía en sus ramas la melodía (te arpas eólicas. No deseaba continuar bit huida . . .; estaba contento de poder permanecer en aquel lugar encantado hasta que lo apresaran.

su cabeza para librarse de la conmoción del agua, oyó el tiro desviado que zumbaba por el aire, delante suyo, y al instante entraba en el bosque, quebrando y aplastando las ramas.

«No harán eso otra vez», pensó; «la próxima vez usarán una carga de metralla. Debo vigilar el cañón; el humo me avisará: el ruido del disparo llega demasiado tarde; viene después del proyectil. Es por cierto un buen cañón.»

De pronto se sintió dando vueltas y vueltas, girando como un trompo. El agua, las orillas, los bosques, el puente ahora lejano, el fuerte y los hombres, todo se confundía y se esfumaba. Los objetos sólo quedaban representados por sus colores; vetas circulares y horizontales de color, era todo lo que veía. Había sido atrapado en un remolino y giraba con una velocidad que lo mareaba y lo descomponía. Pocos momentos después era arrojado sobre el pedregullo al pie de la orilla izquierda del arroyo —la orilla sur, detrás de una saliente que lo ocultaba de sus enemigos. La quietud repentina, el raspar de su mano contra las piedras, lo hicieron volver en sí mismo y lloró de felicidad. Enterró sus dedos en los cantos, los arrojó hacia arriba a manos llenas y los bendijo en voz alta. Parecían diamantes, rubíes, esmeraldas; no podía pensar en nada hermoso a que no se parecieran. Los árboles de la orilla eran enormes plantas de jardín; encontró un orden definido en su disposición, aspiró la fragancia de sus flores. Una extraña luz rosada brillaba a través de los espacios entre sus troncos, y el viento tañía en sus ramas la música de arpas eólicas. No tenía ningún deseo de culminar la huida; estaba satisfecho de poder quedarse en ese lugar encantador hasta que lo volvieran a atrapar.

A whiz\* and rattle\* of grapeshot among the branches high above his head roused\* him from his dream. The baffled\* cannoneer had fired him a random farewell\*. He sprang\* to his feet, rushed up\* the sloping\* bank, and plunged\* into the forest.

All that day he traveled, laying\* his course by the rounding sun. The forest seemed interminable; nowhere did he discover a break\* in it, not even a woodman's road. He had not known that he lived in so wild a region. There was something uncanny\* in the revelation.

By nightfall he was fatigued, footsore, famishing\*. The thought of his wife and children urged him on. At last he found a road which led him in what he knew to be the right direction. It was as wide and straight as a city street, yet it seemed untraveled\*. No fields bordered it, no dwelling\* anywhere. Not so much as the barking\* of a dog suggested human habitation. The black bodies of the great trees formed a straight wall on both sides, terminating on the horizon in a point, like a diagram in a lesson in perspective. Overhead, as he looked up through this rift\* in the wood, shone\* great golden stars looking unfamiliar and grouped in strange constellations. He was sure they were arranged in some order which had a secret and malign\* significance. The wood on either side was full of singular noises, among which—once, twice, and again—he distinctly\* heard whispers\* in an unknown tongue.

His neck was in pain and lifting his hand to it he found it horribly swollen\*. He knew that it had a circle of black where the rope had bruised it. His eyes felt congested; he could no longer close

El silbido y cascabeleo de las postas entre las ramas muy por encima de su cabeza le hicieron volver a la realidad. El sorprendido cañonero le había disparado una descarga de despedida sin ni siquiera apuntar. Se puso en pie de un salto, corrió hasta lo alto de la orilla, y se internó en el bosque.

Caminó durante todo ese día, guiado siempre por la posición del sol en el cielo. El bosque parecía interminable; no pudo encontrar ni un claro en él, ni siquiera un camino de leñadores. Nunca antes había sospechado que vivía en una región tan agreste. Había algo de irracional en este descubrimiento.

Para cuando cayó la noche estaba fatigado, le dolían los pies y se moría de hambre. Pero el pensar en su mujer y sus hijos le empujaba a seguir adelante. Por fin encontró un camino que le llevaba hacia la que él sabía que era la dirección correcta. Era tan ancho y tan derecho como la calle de una ciudad, y sin embargo parecía del todo intransitado. No había campos a ninguno de los dos lados, ni edificio alguno a la vista. Ni siquiera los ladridos de un perro sugerían la presencia de seres humanos en los alrededores. Los troncos negros de los árboles formaban paredes perfectamente rectas a ambos lados, que terminaban en un punto del horizonte, como si se tratase de un diagrama en una clase sobre perspectivas. Por encima, cuando miraba hacia arriba desde esta grieta del bosque, brillaban las estrellas grandes y doradas que ahora parecían extrañas y se agrupaban en raras constelaciones. Farquhar estaba seguro de que estaban colocadas en un orden que poseía un significado secreto y maligno. El bosque a ambos lados estaba lleno de sonidos poco comunes, entre los cuales—una vez, y otra, y aún otra más— escuchó con claridad murmullos en una lengua desconocida.

Le dolía el cuello, y levantando la mano para tocarlo se dio cuenta de que estaba terriblemente hinchado. Sabía que tenía un círculo negro a la altura en que la sogla lo había apretado y amaratado. Sentía los ojos congestionados, hasta el

El silbido y repiqueteo de la metralla entre las altas ramas que se elevaban sobre su cabeza le sacaron de ensueño. El fracasado cañón le había disparado como despedida tan proyectil al azar. Se puso en pie de un salto corrió por la escarpada ribera y se, hundió en el bosque.

Todo aquel día caminó siguiendo el curso del sol. El bosque parecía interminable; por ninguna parte descubría tan claro, ni siquiera una senda de leñador o de guarda-bosque. No sabía que vivía en una región tan selvática. Había algo misterioso en esta revelación.

A la raída de la tarde se sintió fatigado, con los pies doloridos, y desfallecido. El recuerdo de su esposa y de sus hijos le excitaba. Al fin encontró un camino que le condujo hacia donde él suponía que estaba la dirección exacta. Era tan ancho y tan recto como la calle de una ciudad; sin embargo parecía intransitado. Ningún campo lo bordeaba ni había edificios de ninguna clase. No obstante, el ladrido de un perro le -tigró un domicilio humano. Los negros cuerpos de los árboles formaban una recia pared a ambos lados, terminando en tan punto del horizonte, como si fuera ni diagrama de una lección de perspectiva. Por encima de su cabeza, cuando miraba por esta liendadura del bosque, brillaban grandes estrellas doradas, que parecían poco familiares y agrupadas en extrañas cancelaciones. Estaba seguro de que se agrupaban en algún orden que tenía una significación maligna y secreta. El bosque estaba lleno de singulares ruidos, entre los cuales—una, dos o más veces—oía distintamente los susurros de una lengua desconocida.

Su cuello le dolía aún, y al llevarse las manos a él lo encontró terriblemente hinchado. Sabía que tenía un círculo morado donde la cuerda le había apretado. Sus ojos estaban congestio-

Un zumbido y el golpeteo de la metralla entre las ramas sobre su cabeza lo despertaron del sueño. El frustrado artillero le había disparado un adiós, al azar. Se irguió de un salto, subió con rapidez la pendiente y se perdió en el bosque.

Caminó todo ese día guiándose por el sol. El bosque parecía interminable: no pudo descubrir ni un claro, ni siquiera un sendero de leñadores. Nunca había sabido que vivía en una región tan salvaje. La revelación tenía algo de estremecedor.

Al caer la noche estaba agotado, tenía los pies doloridos y un hambre atroz. El recuerdo de su mujer de sus pequeños lo alentaba a seguir adelante. Finalmente, encontró un camino que lo llevaba en la dirección que él sabía correcta. Era tan ancho y recto como una calle, pero nadie parecía haber pasado por él. No estaba bordeado por campos abiertos y no se veía una casa por ningún sitio. Los negros cuerpos de los árboles formaban una pared cerrada, a ambos lados, que terminaba en un punto del horizonte, como un diagrama en una lección de perspectiva. Sobre su cabeza, a mirar a través de esta grieta del bosque, brillaban grandes estrellas de oro que le resultaban desconocidas y agrupadas en extrañas constelaciones. Estaba seguro de que se encontraban dispuestas en algún orden cuyo significado era secreto y maligno. El bosque estaba lleno de ruidos singulares, entre los cuales—una vez, otra y otra vez—oyó claras voces en un idioma desconocido.

El cuello le dolía y al levantar la mano encontró que estaba horriblemente hinchado. Supo que tenía un círculo negro donde la cuerda lo había herido. Sus ojos estaban congestiona-

them. His tongue was swollen\* with  
 thirst; he relieved\* its fever by thrusting  
 it forward from between his teeth into  
 the cool air. How softly the turf\* had  
 carpeted\* the untraveled avenue—he  
 could no longer feel the roadway  
 beneath his feet!

Doubtless, despite his suffering, he  
 had fallen asleep while walking, for  
 now he sees another scene perhaps he  
 has merely\* recovered from a delirium.  
 He stands at the gate of his own home.  
 All is as he left it, and all bright and  
 beautiful in the morning sunshine. He  
 must have traveled the entire night. As  
 he pushes open the gate\* and passes  
 up the wide white walk, he sees a  
 flutter\* of female garments\*; his wife,  
 looking **fresh** and cool and sweet, steps  
 down from the veranda\* to meet him.  
 At the bottom of the steps she stands  
 waiting, with a smile of ineffable joy,  
 an attitude of matchless\* grace and  
 dignity. Ah, how beautiful she is! He  
 springs\* forward with extended arms.  
 As he is about to clasp\* her, he feels  
 a stunning\* blow upon the back of  
 the neck; a blinding white light  
 blazes\* all about him with a sound  
 like the shock of a cannon—then all is  
 darkness and silence!

Peyton Farquhar was dead; his body,  
 with a broken neck, swung\* gently\* from  
 side to side beneath the timbers\* of the  
 Owl Creek bridge.

punto de no poder cerrarlos. Tenía la lengua tam-  
 bién hinchada por la sed; intentó aliviar su in-  
 sufrible ardor sacándola entre los dientes al aire  
 frío de la noche. ¡Qué mullida era la alfombra  
 de hierba y tierra que cubría este camino  
 intransitado!; él ya ni sentía el suelo debajo de  
 sus pies.

Sin duda, a pesar de su sufrimiento, debió  
 de quedarse dormido mientras caminaba, pues  
 ahora la imagen que tiene ante los ojos es to-  
 talmente diferente...; quizá simplemente ha  
 vuelto de un estado de delirio. Está frente a la  
 verja de su propia casa. Todo está como lo dejó,  
 y todo es hermoso y luminoso a la luz del sol  
 de la mañana. Probablemente ha caminado du-  
 rante toda la noche. Según abre la verja de en-  
 trada y avanza por el amplio sendero blanco,  
 observa el revoloteo al viento de un vestido  
 femenino; su esposa, **fresca** y dulce en apa-  
 riencia, baja los escalones del porche para re-  
 unirse con él. Al final de los peldaños se de-  
 tiene y le espera, con una sonrisa que refleja  
 una alegría inefable, y una actitud que denota  
 una gracia y dignidad incomparables. ¡Oh, qué  
 hermosa está! Farquhar salta hacia delante con  
 los brazos extendidos. Y cuando ya está a punto  
 de abrazarla, siente un tirón increíble a la al-  
 tura de la nuca; una cegadora luz blanca brilla  
 fulgurante a su alrededor con un ruido que se  
 asemeja al de un cañonazo —luego todo se  
 vuelve oscuridad y silencio!

Peyton Farquhar estaba muerto; su cuerpo,  
 con el cuello roto, se balanceaba lentamente de  
 un lado a otro por debajo de los maderos del  
 puente de Owl Creek.

nados; no podía cerrarlos. La lengua  
 estaba hinchada por la sed; alivió su  
 fiebre sacándola al aire frío por entre  
 sus dientes. ¡Cuán suavemente había  
 alfombrado el césped la intransitada  
 avenida! ... ¡Casi no podía sentir ya el  
 camino bajo sus pies!

Sin duda, a pesar de sus sufrimientos,  
 se había quedado dormido mientras cami-  
 naba, porque ahora veía otra escena..., o  
 tal vez se hubiera recobrado sólo de un de-  
 lirio. Se hallaba a la puerta de su propia  
 casa. Todo estaba como él lo había deja-  
 do, y todo brillante y hermoso a los rayos  
 del sol de la mañana. Debía (te haber camin-  
 ado toda la noche. Mientras empujaba  
 la puerta abierta y recorría el ancho y blan-  
 do sendero, vio un revoloteo de faldas fe-  
 meninas: su esposa, mirándole **pura**, tran-  
 quila y dulcemente, bajaba de la veranda  
 para acudir a su encuentro. Al final de  
 los escalones se detuvo para esperarle con una  
 sonrisa de inefable alegría, en una actitud  
 de incomparable gracia y dignidad. ¡Ah,  
 cuán bella estaba! Corrió hacia ella con los  
 brazos extendidos. Cuando estaba casi a su  
 lado, sintió un terrible porrazo en la nuca;  
 una cegadora luz blanca incendió todo lo  
 que había a su alrededor con un sonido  
 parecido al disparo de un cañón... ; luego,  
 ¡todo fue oscuridad y silencio!

Peyton Farquhar estaba muerto su cadáver, con  
 el cuello roto, se bamboleaba suavemente de tan  
 lado para otro bajo el maderamen del puente que  
 atravesaba el río Owl.

dos; ya no podía cerrarlos. Tenía la  
 lengua hinchada por la sed; alivió su  
 fiebre sacándola por entre sus dientes,  
 hasta sentir el aire frío. ¡Con qué sua-  
 vidad el césped había alfombrado la  
 desierta avenida! ¡Ya no podía sentir  
 el camino bajo sus pies!

A pesar del sufrimiento, se había  
 quedado sin duda dormido mientras  
 caminaba, porque ahora ve un paisaje  
 diferente. Quizás sólo se ha recupera-  
 do de un delirio. En este momento está  
 parado frente al portón de su propia  
 casa. Las cosas están como él las dejó,  
 y todo es brillante y hermoso en el sol  
 matinal. Debe haber viajado la noche  
 entera. Cuando empuja y abre el portón  
 y entra en el camino ancho y blanco, ve  
 un aleteo de prendas femeninas; su mu-  
 jer, que luce **fresca** y dulce, baja de la  
 terraza para recibirlo. Al pie de los es-  
 calones lo espera, con una inefable son-  
 risa de alegría una actitud de incompa-  
 rable gracia y dignidad. ¡Ay, qué her-  
 mosa es! Se lanza hacia ella con los bra-  
 zos extendidos. Cuando está para estre-  
 charla siente un golpe en la nuca que lo  
 desvanece; una luz blanca  
 enceguedora incendia todo a su alre-  
 dedor con el sonido de un cañón. Des-  
 pués todo es oscuridad y silencio.

Peyton Farquhar estaba muerto; su cuer-  
 po, con el cuello quebrado, se hamacaba su-  
 avemente de un lado a otro bajo las maderas  
 del puente sobre el río Owl.

40 **fresh** es fresco con varias denotaciones, como nuevo, reciente, puro, sano, lozano (saludable, activo, vigoroso). Como todos los adjetivos ordinarios, las combinaciones de estas voces con nombres son distintas: **fresh** se usa para dulce (agua), **inexperto** (persona), **nuevo/otro** (delante del nombre), **recién** (llegado, salido, etc.), **puro** (aire), **tierno/delida** (panadería), **limpio** (ropa), **natural** (fruta, vegetales), **descansado** (rested person), **en blanco** (página) y, en sentido familiar, **bebido, chispo, achispado, medio borracho**; a veces degrada su connotación a **desvarado, atrevido, insolente**.  
 A su vez fresco tiene matices propios como **cool/cold** (clima), **light/cool** (ropa), **calm/cool** (sereno) y, en sentido negativo, **shameless** (desvergonzado). **Fresco** como sustantivo significa **fresh air**, y **fresco** se usa en las dos lenguas para el tipo de pinturas sobre yeso fresco, tan popular en el Renacimiento.  
 As **fresh as a daisy** = tan fresco como una lechuga.  
 What nerve! = ¡qué fresco!

---

— Relato publicado por primera vez en el *San Francisco Examiner* el 13 de julio de 1889. Posteriormente se incluyó en la colección *Tales of Soldiers and Civilians*, San Francisco, E.L.G. Steele, 1891 (aunque, en realidad, el libro no salió a la venta hasta enero de 1892). El texto utilizado para esta traducción es el que apareció en la reedición de este libro bajo el título *In the Midst of Life*, Nueva York, Puman's Sons, 1898.

15 —El ejército federal debe ser identificado con el de los Estados del norte de los EE.UU., pertenecientes a la Unión, mientras que el ejército confederado hace referencia al de los Estados sureños o secesionistas.

20 —Por «plantador sureño» deberíamos entender, como se hace evidente más adelante en el relato, uno de los terratenientes que poseían una plantación con grandes extensiones de tierra trabajada por esclavos.

—Como un buen número de los personajes más idiosincrásicos de los relatos de Edgar A. Poe, Bierce también describió a algunos de los suyos afectados por una increíble agudización de sus sentidos (o hipersensibilidad) cuando el momento de su muerte se acercaba.

—5 Corinth, Mississippi, cayó en poder del ejército de la Unión, bajo el mando del General Ulysses S. Grant, los días 6 y 7 de abril de 1862 en la famosa batalla de Shiloh. Bierce tomó parte en este sangriento episodio.

40 6 Mientras el ejército federal llevó un uniforme azul marino durante toda la contienda, el confederado vestía de gris.

—Instrumentos de cuerdas activados por el viento (Aeolus era en la mitología griega el guardián de todos los vientos).